

# UNA NUEVA APROXIMACION

"Gritar a los cuatro vientos los secretos de la Escuela"...

Enrique Heine.

EL LIBRO DE LOS CANTARES de Enrique Heine goza entre el público alemán de una popularidad comparable a la que tienen entre nosotros las *Rimas* de Gustavo Adolfo Bécquer. Más aún, muchas de sus poesías nos hacen pensar, inequívocamente, en Bécquer. Como ésta, elegida al azar, en la traducción de Teodoro Llorente:

*¡Están emponzoñadas mis canciones!...  
¿No lo han de estar, mi amor?  
Tú mataste mis dulces ilusiones  
Con tósigo traidor.*

*¡Mis canciones están emponzoñadas!...  
¿No lo han de estar, mi bien?  
Llevo en el alma sierpes enroscadas;  
¡Te llevo a ti también!*

Esta fama de Heine como poeta no va sin equívocos, pues dejando aparte que muchos no la reconocen como legítima por fundarse en una poesía *convencional*, postiza, ribeteada por una sentimentalidad cursi, otros, más maliciosos, prefieren declararse partidarios incondicionales del poeta para poder condenar mejor al prosista, al hombre Heine.

Martín Greimer, uno de sus más recientes editores, ha acuñado esta ingeniosa frase: "No hay alemán que soporte a Heine, pero todos entonan de muy buen grado sus canciones." Y en apoyo de su agudeza nos recuerda que Schubert, Schumann, Brahms, Mendelsohn y "muchos otros" han puesto música a las poesías de Heine y "que el siglo XIX las cantó hasta la saciedad".

El mismo Heine había ya topado durante su vida con esta doble valoración de su obra, con el intento de distinguir una parte buena y otra mala; y sospechaba los juicios de valor que la motivaban, aunque sabía muy bien desbaratar la malicia de sus insinuaciones. "Desde hace mucho tiempo", nos dice en su ensayo sobre los "Soplones", lo cual no es casual que aquí precisamente se diga, "se me había hecho claro que con los versos no se va muy lejos, y por ello me he trasladado a la buena prosa". Y descartando las intenciones de los que se acogen a su poesía para liquidarlo como prosista eficaz y peligroso, ironiza: "Casi me da por creer que quieren hacerme un favor y obligarme a no desperdiciar mi talento ocupándome de temas ingratos"... la política y la religión.

En el Tercer Reich —la época de Hitler—, solía responderse cuando algún estudiante preguntaba algo sobre Heine a su profesor de literatura: "¡Aturdido!, Heine no es un poeta, Heine es un judío." Hoy se diría: "Heine no es un alemán, Heine es un poeta." Dos respuestas que a mi parecer caracterizan muy bien las dos épocas más recientes de la historia "espiritual" de Alemania, el estilo de su conversión y de su arrepentimiento.

¿Por qué antipatiza Heine a los alemanes? Por un motivo muy humano; porque los ha hecho blanco predilecto de su mordiente crítica; no le perdonan que los haya exhibido públicamente con rasgos a menudo brutales y repelentes, y muy frecuentemente ridículos. Con sus

A

## HEINE

Por Emilio URANGA

libros en prosa, y alguno que otro también en verso, Heine ha ofrecido a los parisienses —¡pecado mortal!— el espectáculo de un pueblo de *filisteos* peligrosos y grotescos, y esta contribución a la risa del mundo no va sin un rencor profundo por parte de sus compatriotas. Hay que añadir, lo cual es de justicia, que Heine combate con su sarcasmo a la Alemania patrioter y nacionalista, que para justificar sus empresas de dominio echa mano a todas horas del día, y en todas las estaciones del año, del orgullo *teutón*, de "los héroes balandronantes del germanismo que insultan sin parar a los franceses, y que nos declaran, a nosotros pobres poetas de la Joven Alemania, gabachos y

judíos", Alemania rencorosa y sanguinaria que no hay que confundir sin más con la Alemania que Heine creía representar como a su Patria más querida y de la que anhelaba ser amado:

*Un día soñé con una hermosa patria.  
La encina se levantaba majestuosa  
Y las violetas cabeceaban a gusto.*

*Era un sueño.*

*Me besaba esa patria a la alemana*

*Y en alemán me decía:*

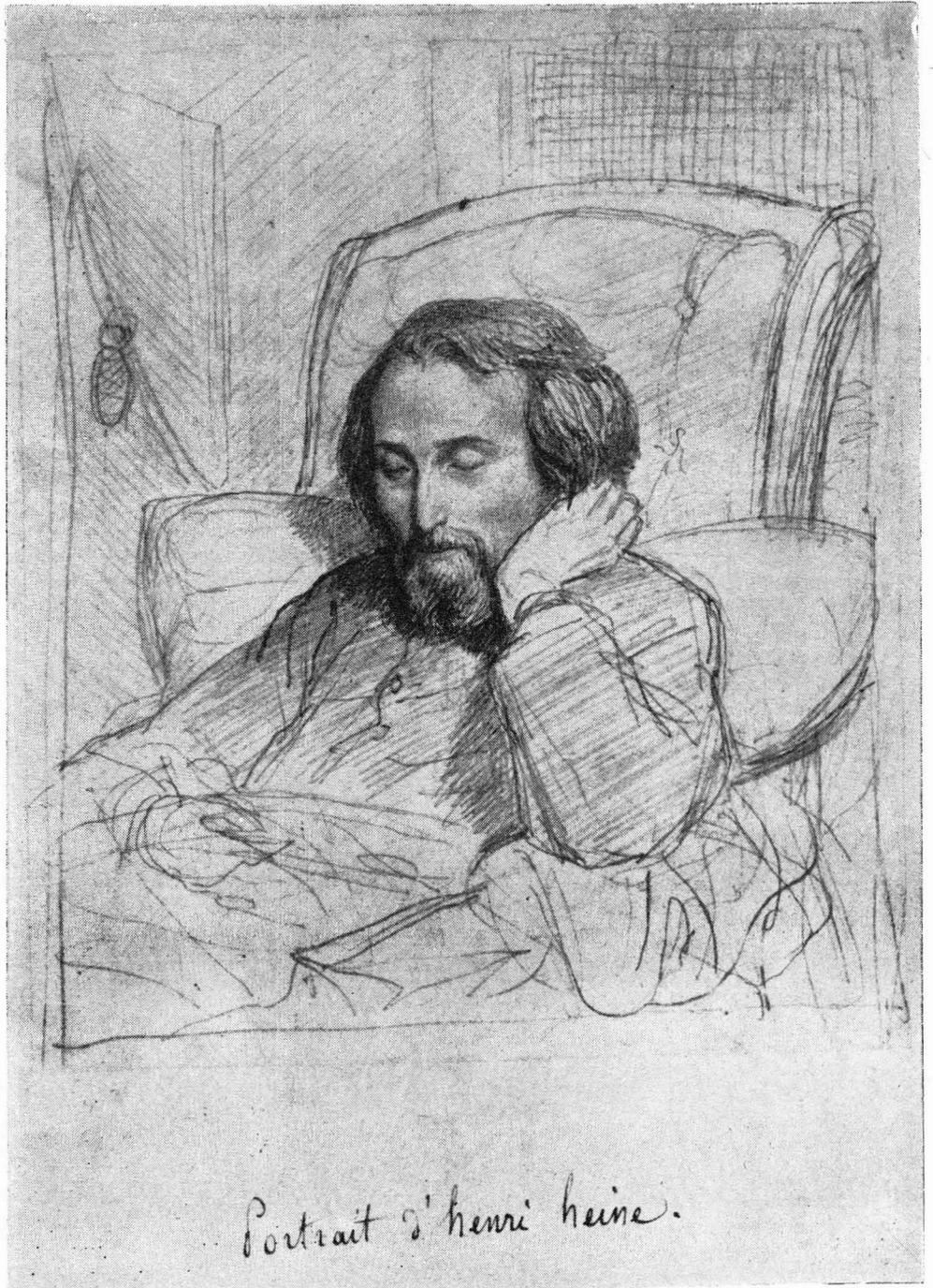
*(Apenas puede creerse*

*Lo dulce que sonaba)*

*"Te amo".*

*Era un sueño.*

De modo que se puede muy bien poner en duda que estas acusaciones de anti-patriotismo correspondan a la verdad. "¿Qué es lo que hay de cierto, como dicen ciertas gentes honestas, de ser yo culpable de un empuqueñecimiento y sobajamiento de Alemania, ante el extranjero?", se preguntaba el mismo Heine. Y por nuestra parte podríamos a la vez preguntar: ¿Hasta qué punto nos ofrece Heine una imagen fiel del alemán, fielmente deformado por su exaltado nacionalismo, y hasta qué punto es más bien la caricatura de ese alemán brotada del



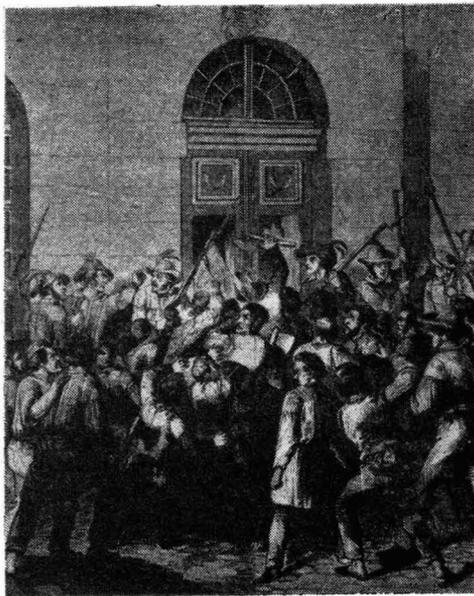
"Heine no es un alemán, Heine es un poeta"

humor descompuesto de un poeta *declassé*? Y la respuesta quizás sólo sea una: del alemán nacionalista sólo puede dar cuenta el *arte* de la caricatura, y Heine que sabía de estas cosas ha sido el artista que más felizmente ha abocetado, con rasgos inclusive *expresionistas*, este sombrío tipo inhumano.

Estamos acostumbrados —pese al reciente y ejemplar descalabro hitleriano— a contar a Alemania entre el grupo de las grandes naciones “civilizadas”, como se decía en el siglo XIX. Pero si se compara su historia con la de Francia e Inglaterra no dejan de acusarse curiosas particularidades que nos la hacen *sospechosa*. Para nosotros, pueblos hispánicos, no es difícil ver de qué se trata, pues España nos ofrece también un *modelo* de evolución anómala, retardataria, o rezagada. Dicho con palabras más claras: Alemania entra tarde, mucho más tarde que Francia, y no se diga que Inglaterra, por el camino de una industrialización y de una “revolución burguesa”; realiza muy tarde, y nunca de modo radical, sino siempre con compromisos, componendas y remiendos, el corte y aniquilación del feudalismo, lo mismo que España, hasta el día de hoy más bien hundida en él, que distanciada. Este tránsito, nunca cabal, del feudalismo al capitalismo da como resultado una estructura histórica y social rica en contradicciones. Nada es feudal en pureza, pero nada tampoco es moderno. Todo anda mezclado y revuelto.

El fenómeno cultural más claro al respecto es el romanticismo alemán. A nadie se le escapa que el romanticismo es medularmente una “vuelta a la Edad Media”, pero a nadie tampoco se le escapa que no se puede volver sin más a la Edad Media, sino que en esa vuelta está entrañada cierta aceptación del mundo moderno, de modo que el romántico quiere ser a la vez medieval y moderno, y no soltar ninguno de los extremos de la cadena. En la poesía de Heine estos forcejeos por no soltar los eslabones tan opuestos se resuelven muy frecuentemente en lo cómico, pues no sin comicidad se puede hacer circular por los patios de un castillo feudal a un ferrocarril. Pero lo más habitual es que el acorde de resolución de estas contradicciones suene armoniosamente. Heibel resumía muy agudamente su impresión del arte de Heine en esta comparación: la poesía de Heine es semejante a ese buey metálico de que nos habla la historia de Babilonia, en que se encerraban para achicharrar a su buena media docena de enemigos, pero que estaba construido tan ingeniosamente que los alaridos de las víctimas del tostador se resolvían por los tubos que escapaban y su combinación en una música melodiosa y suavísima que llegaba al rey de Babilonia para acariciarle los oídos mientras disfrutaba de sus banquetes. El alma del poeta está zarandeada, asada viva por sus contradicciones, pero el poema se plasma con rigurosa serenidad y belleza, aunque con su anticlimax cómico. Por ejemplo, en esta contraposición de la *voz* de la naturaleza, y del absurdo que hay en esperar que nos diga algo:

*Musitan las olas su rumor eterno...  
El viento aúlla y las nubes pasan...  
Las estrellas centilan en lo alto...  
Mudas e indiferentes...  
Y un tonto ahí clavado...  
Espera una respuesta...*



“el sueño alemán de la revolución francesa”

En este sentido cumple muy bien el papel que se asignaba a sí mismo en la historia de la literatura: ejecutor testamentario del romanticismo e iniciador de la poesía moderna, nihilista o revolucionaria como luego veremos. Por las noches se siente escoltado por una vieja... pero digámoslo con sus propias palabras:

*En las noches de invierno  
Y en mi cama  
Vela conmigo la preocupación.  
Se viste un camisón blancuzco,  
Un negro gorro de dormir  
Y fuma sin parar.*

*¡Sacude atrozmente la ceniza  
Y me mira la vieja  
Con tal cara...!*

*A veces sueño que han llegado  
Una vez más las alegrías  
De mayo y que soy feliz,  
Que vienen los amigos y los bailes...  
La vieja sacude la ceniza  
Me rompe la pompa de jabón  
Y se sueña ruidosa...*

Los que han viajado por Alemania no habrán dejado de percibir en este pueblo la combinación, a menudo feliz, de lo viejo y de lo nuevo, de lo tradicional y de lo moderno. Conservando sus viejas costumbres Alemania es un país íntegramente modernizado, por lo menos en lo que afecta a la “civilización” material. España en cambio excluye como enemigos irreconciliables lo viejo y lo nuevo. Una familia española con su almota de castillo en ruinas convive con la ruina de su castillo económico, de su miseria actual, política, social y cultural, no hay ni por asomo una síntesis. Los españoles se doran en el interior de su toro, pero de la hoguera no se escapan melodías sino las más atroces blasfemias. En Alemania las agencias contradictorias se tocan y se interpenetran armónicamente. No es infrecuente ver en las calles de sus hermosas ciudades *cuadros* a lo Heine. Me ha quedado muy grabado el espectáculo de una hermosa muchacha vestida con el traje regional que en un callejoncito de Freiburg se acercó a uno de esos monumentales caballos, los percherones, que tiran los carromatos cargados de toneles de cerveza, y le colgó con toda la ternura del mundo unas florecillas en el arnés, y con idílica sencillez se dedicó su buen rato a acariciarle la soberbia cabeza. ¿A quién

no le ha tocado toparse en uno de sus viajes con un grupo de alegres aldeanas, ataviadas con todas las galas de su vestimenta campesina, con su frescura, con su sencillez, que se suben bulliciosas para viajar en un compartimento de los más modernos ferrocarriles de Europa? En cambio un tren nuestro saturado de pobres braceros es un contraste hiriente entre la primera y la segunda clase, una inadecuación castigada con los estigmas de la miseria, de la enfermedad y de la humillación, entre los que tienen todo y los que no tienen nada. O para traer a cuento otro ejemplo. Estas superposiciones sin conciliación posible hacen pensar en una ciudad como el Cuzco en que las dos ciudades indígena y española se superponen sin penetrarse en lo más mínimo, la indígena como soporte, la española como pegote. En Alemania, repito, hay combinación armónica de lo viejo y de lo nuevo, de lo artesanal y de lo industrial, de lo tradicional y lo moderno.

Pero si bien el caso de síntesis feliz no puede negarse en los detalles, contemplando las cosas desde más lejos, o desde más alto, desde una dimensión histórica, los compromisos entre el feudalismo y el capitalismo imprimen a la nación un sello de contradicciones dolorosas y fatales, le plantean un problema y le lanzan un reto que hasta el día de hoy está muy lejos de haber resuelto, y que ha originado toda una serie de catástrofes de proporciones universales. Alemania es un pueblo que, a diferencia de Inglaterra y Francia, ha fracasado en todas sus *revoluciones* y el lastre de estos abortos sangra al pueblo interminablemente.

Heine ha puesto de relieve en su obra fenómenos o manifestaciones que son efecto de esta evolución anómala del pueblo alemán, y su crítica no es, por tanto, asunto de su perversidad sarcástica, cuando más bien efecto de un agudísimo don de observación para acuñar en sus escritos estas contradicciones entre dos mundos normados por leves enemigas, el feudalismo y el capitalismo. La caricatura que brota como expresión de estas contradicciones no la inventó Heine, y si a los alemanes les molesta, por lo menos a cierto tipo de alemanes ello es debido a que perseveran en ella y no les convence que se les venga a decir que se trata de una figura que tarde o temprano se desvanecerá. Haciendo pie en un empecinamiento que define al nacionalismo, hacen de esa desfigura la esencia misma de Alemania, el eterno compromiso desdichado entre feudalismo y capitalismo. El romanticismo alemán carga el acento en el aspecto reaccionario del problema alemán, y aunque moderno a su pesar glorifica las tradiciones más favorables al feudalismo. Nada más típico al respecto que su valoración del catolicismo. En cierto sentido se puede decir que la historia del romanticismo alemán es la historia de las conversiones al catolicismo o la amalgama de catolicismo y germanismo. Mezcla explosiva que Heine confesaba como su “principal enemigo”. Para combatirlo ha escrito sus libros más importantes.

Cuenta Heine en sus *Confesiones* que la idea de escribir *para los franceses* un libro sobre Alemania le surgió como réplica a otro libro sobre Alemania, el de Madame Stael. No se acaba de ver muy claro qué es lo que más le desagradaba en este libro, y si se rastrean sus concurrencias al respecto, se viene a parar en la

insinuación de que ese libro, aunque escrito por una mujer, está inspirado por un hombre, a saber, Augusto Schlegel, o sea, por un alemán romántico y catolizante. Dada la popularidad de la obra, no sólo entre los franceses sino en todo Occidente, valga la nebulosa exageración, se puede decir que todo el mundo tiene de Alemania una idea romántica, o más bien dicho, que se ha popularizado como única la idea que los románticos tienen de Alemania.

Ahora bien, esta Alemania de los románticos es una construcción favorable a su causa, una ideología al servicio de sus intereses. Pero tal imagen de Alemania está muy lejos de ser la única, y desde luego no corresponde a la verdad, no expresa fielmente el juego de representaciones que la realidad contradictoria de ese pueblo hace brotar en la mente de un observador agudo como era Heine. Alemania se refleja de otra manera en su fantasía, y puede compararse tal decantado con el que propone Schlegel al mundo por intermedio de la deliciosa señora Stäel. Se podría seguir ahondando en los motivos que llevan a Heine a rechazar ese *cuadro* de su patria, pero todas las agudezas con queazona sus análisis paran siempre en el mismo punto. Se cuenta que visitando a Napoleón, y rechazando éste la visita a pretexto de que estaba en el baño, Madame Stäel declaró, "no importa, puedo verlo, el genio no tiene sexo". Pero Madame Stäel, sí; y su libro también, es femenino y ya puesto en plan de malicia, Heine añade: al igual que Augusto Schlegel. Y así por el estilo. Católico, romántico, femenino, el libro indudablemente le atraía, pero le tranquilizaba, y se hizo un cargo de conciencia salirle al encuentro. De aquí surgió como contraste un discurso nada romántico sobre Alemania, nada femenino, pese a su ligero estilo, y lo que es más importante: un libro que demuestra a ojos del mundo que tras de todas las piadosas leyendas sobre la religiosidad de los alemanes y su tranquilidad política hay otra cosa, hay un ateísmo intransigente y una preparación, una formación para la revolución. Alemania es, en la mente de Heine, un pueblo al filo de la revolución, de una revolución a la alemana. Si el libro de Madame Stäel está inspirado por la voluntad de contraponer a la Francia napoleónica, a la brutalidad de su prosa, una Alemania poética y soñadora, el de Heine es, más que un contraste, la mostración de una *afinidad* con Francia, la revelación de que detrás de esos pretendidos sueños, hay en verdad las pesadillas de un pueblo ávido de transformación y de destrucción.

Como estudiante recuerdo haber oído a mi maestro, el Dr. José Gaos, la interpretación de la "gran filosofía" alemana, la que va de Kant a Hegel, como una "gigantesca empresa, la última, de salvación del cristianismo". Frente a una modernidad immanentista, atea, materialista y científica, el idealismo alemán solía ser contrapuesto como una *magna teodicea*. Lo cual hace pensar en el duro juicio de Feuerbach sobre Leibniz: "le debemos haber hecho una vez más, casi en nuestros días, de la filosofía una sierva de la teología". No faltan razones para pensar que lo mismo hay que decir de Kant, Fichte, Schelling y Hegel; pero si no nos faltan razones tampoco nos falta un hombre que es más que una razón, casi es un sistema. Enrique Heine nos propone ver en esa

filosofía todo lo contrario a una teodicea, una destrucción de Dios, un deísmo. El "Dios ha muerto" de Nietzsche no surgió de la nada. La Alemania de Heine es atea y revolucionaria. Tal era el "secreto de la Escuela" que se propuso "gritar a los cuatro vientos".

*Despertar a las gentes con redoble de tambor*

*Levantar a la juventud*

*Marchar a redoble siempre hacia adelante.*

*Esta es toda la ciencia*

*Esta es la filosofía hegeliana...*

De modo, pues, que todo se resume en ver a la filosofía como "teodicea", o bien en sentirla como redoble de tambor. Lo cual tiene por lo pronto el efecto de que no se siga soñando o durmiendo. Hay que despertar. "Hemos recorrido —dice refiriéndose a la evolución de la filosofía alemana de Kant a Hegel—, y además con toda felicidad, el ciclo entero del pensamiento, ya está bien que pasemos a la política."

Creo que con mucha justicia ha insistido Albert Béguin, el conocido germanista francés, en destacar la importancia que tiene el *sueño* en el *alma romántica*. Pero no sólo para mostrar los antecedentes románticos del surrealismo, como sue-

le ocurrir, sino a la manera de Heine para rastrear los antecedentes de fenómenos históricos más importantes, como una revolución. Heine contrapone, en una página muy graciosa, el escritor alemán, al inglés y al francés. El inglés, nos dice en resumen, viaja, el francés vive de las delicias de la vida social, y el alemán, pobre y carente de mundo, sueña en su buhardilla. ¿Qué es lo que sueña? "Soñamos", dice, "a la alemana, es decir, filosofamos. Lo notable del caso es que las empresas prácticas de nuestro vecino de allende el Rhin, muestran una notable afinidad con los sueños filosóficos de la pacífica Alemania. Si se compara la historia de la filosofía alemana con la historia de la revolución francesa, podría llegarse a pensar que los franceses se encuentran tan atareados y ocupados con sus asuntos prácticos que no tienen tiempo para dormir y nos han encargado a nosotros, alemanes, dormir y soñar por ellos, y así la filosofía alemana, no es otra cosa sino el sueño alemán de la revolución francesa. Hemos cavado un abismo entre lo existente, lo tradicional, y lo nuevo, pero sólo en el reino del pensamiento, mientras que los franceses lo han hecho en el terreno social; en torno de la Crítica de la Razón Para se han congregado todos nuestros filósofos jacobinos que sólo perdonan la



"la importancia que tiene el sueño en el alma romántica"

vida a lo que esa crítica prescribe. Kant fue nuestro Robespierre. Vino luego Fichte con su yo, el Napoleón de la filosofía, penetrado por un amor sublime y por el más supremo de los egoísmos; omnipotencia del pensamiento y voluntad soberana, que tan pronto se da a improvisar un imperio universal como lo deja desvanecer, idealismo despótico, cruel y solitario. Bajo sus consecuentes pisadas suspiraban todavía flores escondidas que habían escapado con vida de la guillotina kantiana o que sin darse a notar habían florecido desde entonces, espíritus subterráneos de la tierra se ponían en acción y el suelo temblaba. la contrarrevolución estalló, y bajo la égida de Schelling volvió a ser reconocido, y hasta recompensado, todo el pasado con su cauda de intereses tradicionales. Bajo la restauración de la filosofía de la naturaleza empezaron a traficar los sombríos emigrantes, a intrigar sin descanso contra la razón y las ideas, el misticismo, el pietismo, el jesuitismo, el legitimismo, el romanticismo, el nacionalismo alemán, la sensiblería... hasta que apareció Hegel, el Orleans de la filosofía, que instituyó un nuevo gobierno, que ordenó que se constituyera un gobierno ecléctico, en que Hegel no reclamaba un puesto importante, pero a cuya cabeza estaba, y desde la cual prescribía constitucionalmente su lugar a los viejos jacobinos kantianos, a los fichteanos bonapartistas, a los pares de Schelling y a sus propias hechuras."

La actividad de Heine como escritor estaba inscrita muy conscientemente en esta preparación ideológica de la futura revolución. Deshacer todas las alianzas, destruir el poder de la tradición, sacudir las creencias religiosas, todo esto ayudaría a que la clase revolucionaria ascendiera al gobierno de la nación. La Alemania que Heine nos pinta es, en relación con Francia, un país políticamente retrasado, o como dirá Marx unos cuantos años más tarde: un anacronismo. En efecto, Francia tiene ya detrás, como historia cumplida, su revolución, Alemania por delante. Inclusive esa preparación ideológica de que hablamos se opera en Alemania bajo otros signos que en Francia. Los filósofos materialistas, ateos, del siglo XVIII, purgan sus audacias en las cárceles, en el destierro, en la clandestinidad y en el anonimato. Los filósofos idealistas alemanes, por el contrario, dictan sus consignas desde las Universidades del Estado, son inclusive consejeros de ese Estado al que están zapando con sus doctrinas. El esoterismo de sus ideas, la cara oculta de sus sistemas tiene, sin embargo, el mismo sentido que lo predicado por los filósofos ateos.

Cuenta Heine en sus *Memorias* que cierto día, en la Universidad de Berlín, contemplaba desde un ventanal el paisaje nocturno. Mientras el joven poeta estaba sumergido en la ensoñación que le procuraba esa magnífica noche estrellada, se acercó a su lado nada menos que el propio Hegel. Expresando su propia emoción Heine se soltó en disertaciones poéticas sobre las estrellas como "mansiones de los bienaventurados". Hegel le clavó la mirada de sus ojos azules y con sequedad le espetó: "Las estrellas no son más que una lepra blancuzca que le ha salido al cielo." Imagínese la sorpresa de Heine. Sin desanimarse volvió a la carga, y trató de convencer al filósofo de que en definitiva había que creer en la existencia



"entonan de muy buen grado sus canciones"

de un "local", de un recinto en que se daría albergue a los bienaventurados. Pero Hegel imperturbable, y esta vez con tajante rotundidad, volviéndose otra vez a Heine le apostrofó irónico: "¡Ajá! ¿Conque el señor quiere todavía que se le dé por allá arriba una propina en premio de haber cuidado a su madre enferma, y de no haber asesinado a su hermano?"

Por lo visto Heine no olvidó nunca esta lección de incredulidad radical que en privado le había dado Hegel, aunque la resolvió armoniosa y cómicamente diciendo que, en definitiva, lo que Hegel enseñaba es que "el buen Dios, no es verdad, como me decía mi abuelita, que esté en el cielo, sino que el buen Dios soy yo mismo, cada uno de nosotros". He aquí, pues, el *secreto* último de la sabiduría de la escuela, la quintaesencia de una justa preparación para la revolución alemana que se avecinaba.

¿De qué revolución hablaba Heine? Obviamente se trata de una revolución semejante a la francesa de 1789 ó sea una revolución hecha por la burguesía en contra de la nobleza, una liquidación del feudalismo. Pero si bien es cierto que se refiere a un movimiento de emancipación política, por el *anacronismo* alemán de que hemos hablado, tales reivindicaciones de libertad política, el reclamo imperioso de una emancipación de la burguesía, no podía dejar de arrastrar, o descubrir que existían, necesidades revolucionarias más profundas, más materiales, si se quiere; en una palabra, que esa revolución por hacerse ya tan tarde se confundía con la revolución proletaria. Heine supo ver muy bien que aquí andaban mezcladas dos aguas. Lo curioso del caso, lo verdaderamente alemán del caso, es que la preparación ideológica, el secreto de la filosofía, no era simplemente para la burguesía sino a la vez para el proletariado. Por ello pudo decir Engels, muchos años más tarde, que el proletariado "es el heredero" de la gran filosofía alemana. En esto se acusa una gran diferencia con los materialistas franceses precursores de una revolución burguesa, pero no proletaria, mientras que los idealistas alemanes lo son de las dos. Quizá se aclararía la situación si dijéramos que la revolución en que Heine pensaba

combinaba lo que nosotros los mexicanos hicimos en dos pasos: una revolución liberal y política en 1857, otra revolución social y económica en 1917. La revolución alemana era a la vez una y otra, en definitiva su divisa más profunda la acuñó el propio Heine al decir: "el pueblo tiene el derecho humano de comer". Y en una de sus poesías:

*Ni toques de campana  
Ni oraciones de curas  
Ni decretos de Estado  
Muy bien intencionados  
Ni tampoco cañones  
Con granadas de cien libras  
Podrán salvarnos  
Queridos míos.*

*Ya no ayudan las sutilidades  
De una retórica más que muerta.*

*Los ratones no se atrapan con  
silogismos.*

*Han aprendido a sortear los sofismas  
más finos*

*Y en estómagos hambrientos  
No hace mella más que una lógica,  
La de una buena sopa de fideo  
Con buenos fundamentos de retazo  
con hueso*

*O argumentos de filete de res  
Adobados con citas de salchichas  
de Göttingen.*

Los destinatarios de esta advertencia tan rotunda, esos "queridos míos", a los que Heine previene tan abiertamente, son los señores burgueses, de los que Heine no tenía, como aquí se ve, una idea muy elevada. En otra ocasión concretó muy a su estilo: "los ilustrados enrojecerían de vergüenza si pudieran ver en favor de qué gente han trabajado".

Y, sin embargo, Heine nunca fue comunista, hecho a primera vista más inexplicable si se piensa que en el año de 1844 trató con intimidad nada menos que a Carlos Marx, al "joven Marx" —andaba en los 26 años—, pero a segunda explicable por su condición de poeta "panteísta", del que dijo el propio Marx: "los poetas son tipos raros a los que no se les puede juzgar como al resto de los mortales".

Cuando Heine asistió, presumiblemente en compañía de Carlos Marx, a "las asambleas" de los trabajadores alemanes emigrados en París, a las reuniones de los *justos*, de los *puros* del socialismo, el espectáculo de ese comunismo severo, disciplinario, ascético, hecho de privaciones y de pobreza... su afición al comunismo recibió un duro golpe. Heine no pudo nunca sobreponerse a estas escenas. Lo deprimieron para el resto de su vida. Heine creía en un socialismo de la abundancia, utópico, y no tenía paciencia para ver cómo operaba la dialéctica desde esos primeros conglomerados miserables, malolientes, desgredados y puritanos, desde ese "socialismo de falansterio y de cuartel", o lo que él consideraba como el *desideratum* de toda política: un paraíso para todos los hombres, la abundancia, la belleza, la riqueza y la salud al alcance de todas las gentes. Lo cual de rechazo pone de relieve la grandeza moral de Marx que no se dejaba desanimar, como el poeta Heine, por estos inicios sórdidos del comunismo, por este socialismo que como dijo el propio Heine, "huele a queso y a vino baratos".

Vino la revolución tan preparada, vino y fracasó; mejor dicho, la burguesía se

mostró incapaz de utilizar el arma que los filósofos le habían puesto en las manos, no la supo o no la quiso blandir y celebró una componenda con su enemigo, con el feudalismo a nombre de que un tercero en discordia, su aliado, podría quedarse con la parte del león. Pasaron los años de las ilusiones y de los cantos marciales, pasó la juventud de Heine y lo visitaron impertinentes, como únicos amigos fieles de su vejez, la miseria y la enfermedad. Y para el Heine de la vejez, la filosofía alemana, cuyos secretos se había dedicado a divulgar, como hemos visto, se volvió tan inofensiva, tan inocente como antes le pareció destructiva y peligrosa. "El deísmo está vivo, vive con su vida más viva, y menos que nada se puede decir que la filosofía alemana actual lo ha matado." ¿Qué le hubiera dicho Hegel? Pero ya para entonces le importaba muy poco lo que podía responder Hegel. "La dialéctica berlinesa", dice, "tejedora de telas de araña es incapaz de mover a un perro de su sitio al lado del fogón, no es capaz de matar a un pobre, conque mucho menos a Dios". ¿Cómo ha cambiado Heine! Esa filosofía que era la precursora de la revolución la ve ahora como un juego ocioso e inofensivo. "He sufrido en propia carne lo poco peligroso que son sus asesinatos, asesina a las gentes y las gentes se quedan con vida." No nos oculta las causas de su conversión, por el contrario habla de ellas muy elocuentemente. "Me convirtió, dice, la lectura de un libro." "¿Un libro? Si, y un libro viejo, sencillo, humilde como la naturaleza y tan natural como ésta; un libro de presentación modesta y servicial, como el sol que nos calienta, como el pan que nos alimenta; un libro que nos mira tan familiar, tan benéficamente, como una vieja abuelita, que lee también cada día en ese libro, con sus queridos y temblorosos labios y con las gafas sobre la nariz... y ese libro se llama, simplemente, el libro, la Biblia."

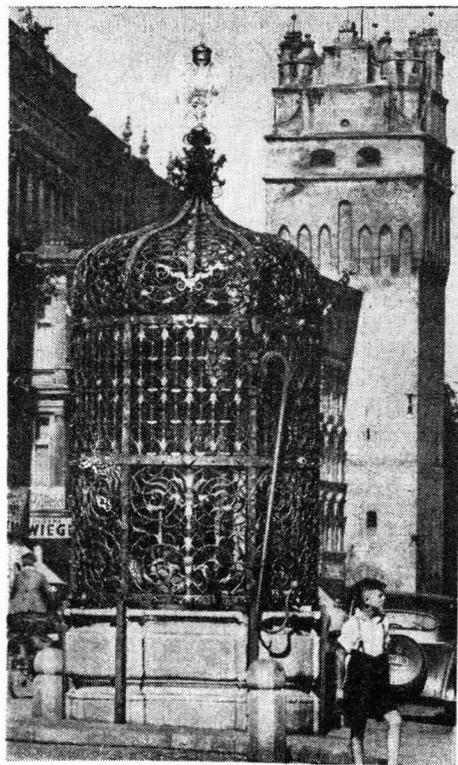
"El portero de la escuela Hegeliana, el malhumorado Arnold Ruge, afirmaba una vez, tieso y seguro o más bien, seguro y tieso, que con su garrote de portero, me había matado a golpes, en los *Anuarios de Halle*, y no obstante por la misma época, yo me paseaba ancho y orondo por los bulevares de París, tan inmortal como siempre. Este pobre y bueno de Ruge no pudo más tarde sustraerse a la más sana de las carcajadas cuando ya aquí en París, le confesé que nunca me di por enterado del contenido de esas atroces hojas, *Los Anuarios de Halle*, en que me había asesinado y a la vez mis cachetes rojos y rollizos, así como el buen apetito con que devoraba ostiones, lo convencieron de cuán poco merecía yo el nombre de un cadáver. En efecto, por entonces, estaba yo sano y rechoncho, me encontraba en el cenit de mi gordura, y era travieso y soberbio como el rey Nabucodonozor antes de su caída. ¡Años después me asaltó una metamorfosis corporal y espiritual!"

"Desde entonces he pensado a menudo en la historia de este rey de Babilonia, que se tenía a sí mismo por el buen Dios y que desde las alturas de su extravío se vino abajo, como una bestia que se arrastra por el suelo y que come yerba (pudo tratarse de la ensalada). En el grandioso y fastuoso libro de Daniel se encuentra esta leyenda que recomiendo para su edificación, no sólo al buen Ruge, sino también a mi amigo, más empecinado aún que Ruge, Carlos Marx, y a los señores Fe-

uerbach, Daumer, Bruno Bauer, Hengstenberg o como se llamen todos estos dioses sin dios. En general hay en la Biblia muchas historias bellas y notables, que merecerían su atención, por ejemplo, en el mero comienzo, la historia del árbol prohibido en el paraíso y de la serpiente, esta profesorcilla universitaria, que seis mil años antes del nacimiento de Hegel, sustentaba la filosofía hegeliana de punta a cabo. Esta marisabidilla sin patas, enseñaba con gran agudeza que el absoluto es la identidad del ser y del saber, que el hombre se hace Dios por el conocimiento, o lo que es lo mismo, que Dios adquiere una conciencia de sí mismo en el hombre. Esta fórmula no es tan clara como sus palabras en el original: ¡Si coméis del árbol del conocimiento seréis como dioses! La señora Eva sólo entendió de toda la demostración que el fruto estaba prohibido, y por estar prohibido se lo comió la buena señora. Pero apenas había probado la apetitosa manzana cuando perdió su inocencia, su inocente inmediatez, y encontró que estaba demasiado desnuda para una dama de su condición, la madre genérica de muchos futuros emperadores y reyes, y se puso a exigir un vestido. Desde luego no más que un vestido hecho de hojas de parra, pues no habían nacido todavía los fabricantes de sedas de Lyon y no había en el paraíso costureras y modistos, ¡qué paraíso! ¡Curioso, tan luego como la mujer adquiere la conciencia de sí misma, su primera idea, es pedir un vestido! Esta historia bíblica, y desde luego el discurso de la serpiente, que no logro quitarme de la cabeza, la antepondría de muy buena gana como epígrafe a la segunda edición de mi libro sobre Alemania para advertir, como en los jardines principescos sucede, a manera de leterrito: "¡Cuidado aquí hay abrojos e inmundicias!"

A manera de testamento Heine redactó las siguientes páginas.

"Quien entiende el sentido de mis palabras sabrá descubrir en todas, la más rigurosa unidad de pensamiento y una adhesión incommovible a la causa de la humanidad, a la idea democrática de la revolución.



"dos épocas que conviven"

"La declaración de que el futuro es de los comunistas, la pronuncio con acentos de preocupación y de miedo atroz... Con horror y temblor pienso en la época en que estos sombríos iconoclastas conquistarán el poder; con sus manos callosas pulverizarán sin piedad las estatuas de mármol de la belleza que tan caras son a mi corazón; reducirán a polvo todos los juguetes y fantásticas naderías en que consiste el arte, y que los poetas aman tanto; hollarán mi jardín de laureles y en su lugar cultivarán patatas; los lirios que ni se afanan, ni trabajan y no obstante están regiamente vestidos como nunca lo estuvo el rey Salomón en toda su gloria, serán desenraizados del campo de la sociedad; las rosas, novias holgazanas de los ruseñores, a su vez juglares ociosos, serán desterrados... y, mi *Libro de los cantares* irá a parar a las tiendas de abarrotes donde servirá para hacer cucuruchos en que las viejas del futuro empaquetarán su café o sus cigarrillos. Yo preveo todo esto y me sobrecoge una indecible tristeza, en cuanto pienso en la ruina con que amenaza a mis versos el roletariado triunfante, versos que se irán al abismo en compañía del viejo mundo romántico. Y, sin embargo, confieso con toda sinceridad que el comunismo ejerce sobre mí una fascinación de que no puedo sustraerme; dos voces se levantan en mi interior que dan testimonio en su favor, dos voces que no pueden reducirse al silencio y son quizás seducciones del demonio..., pero sean lo que se quiera, de hecho me poseen y con ninguna fórmula de exorcismo consigo desprendérmelas.

"La primera de estas voces es la de la Lógica. ¡El demonio es un lógico!, dice Dante. Me tiene aprisionado un atroz silogismo y como no puedo refutar su premisa mayor: todos los hombres tienen el derecho de comer, me veo obligado a aceptar todas sus consecuencias.

"¡Ya puede irse a la nada este mundo viejo en que la inocencia está pisoteada, en que el egoísmo priva y el hombre es explotado por el hombre! ¡Ya puede irse a la nada este cementerio maloliente en que enseñorean la mentira y la podredumbre! Benditos sean los abarroteros que harán con mis poesías cucuruchos en que las viejas y buenas mujeres del futuro envolverán su café y sus cigarrillos, y a las que tales placeres les están negados en nuestro mundo actual de injusticia... ¡fiat justitia pereat mundus!"

"La segunda de las voces que me solicitan es todavía más poderosa e infernal que la primera, pues es la voz del odio, del odio que le tengo a ese partido, que el comunismo considera como el más terrible de sus enemigos, y que por tanto es nuestro enemigo común. Me refiero a los representantes del nacionalismo alemán, esos falsos patriotas cuyo amor a la patria no consiste en otra cosa sino en el idiota rechazo de todo lo extranjero, y en su aversión a los pueblos vecinos, partido que todos los días derrama su bilis sobre Francia. Estos muñones o epígonos de los teutones de 1815 los he odiado y combatido toda mi vida, y hoy que siento que mi espada se me escapa de las manos, me consuela la convicción de que el comunismo les dará el golpe de gracia; y no será un golpe de maza sino que con un simple pisotón el gigante los despanzurrará, como se aplasta a un sapo."

"Con esta convicción puedo abandonar en paz esta tierra."